

EDITORIAL

POSTUNIVERSIDAD: LA DERROTA

Por Jordi NIEVA FENOLL y Angelo DONDI

I. HACIA EL COLAPSO

Escribimos estas pocas páginas sin citas dos profesores universitarios que, a pesar de pertenecer a diferentes generaciones y naciones, compartimos una idea aproximada de lo que está sucediendo en la Universidad. Ambos enseñamos la misma materia –Derecho Procesal– en Facultades de Derecho. La recíproca amistad ha hecho que en el curso de los años nos hayamos encontrado, compartiendo impresiones acerca del contexto en el que trabajamos, descubriendo ideas comunes en algunos aspectos relevantes o incluso esenciales.

Con respecto a la docencia universitaria, parece evidente que se ha operado un cambio de *status*. Una mutación profunda en sí misma que se manifiesta tanto internamente en la Universidad como *ad extra* en su percepción externa por la sociedad. Se trata de una transformación que tiende al reduccionismo, centrándose en la limitación evidente de su función y rol intelectual en la sociedad.

Es un estado de cosas que se deja sentir a varios niveles, pero que sobre todo se centra en el punto de vista de la función y en particular de la adquisición de dicha función. La cuestión es cómo se llega a ser profesor universitario, o mejor dicho, cómo se llegaba hace un tiempo y cómo se llega hoy. La temática puede ser interesante a nivel general, pero muestra un fenómeno que se proyecta en una transformación de nuestras sociedades, lo que convierte su estudio en utilísimo para entender dicha transformación.

Hablaremos de lo que sucedió y de lo que sucede en la Universidad española e italiana, dado que en el resto del mundo, particularmente en las culturas anglosajonas, la realidad es diferente y presenta situaciones muy variadas. Tenemos como modelo de referencia –por experiencia personal– las Facultades de Derecho, aunque lo que aquí se dice puede ser extendido en general a todo el mundo universitario.

El problema que estudiaremos es de absoluta actualidad: la decadencia de la Universidad y del papel actual del profesor universitario. Se analiza bajo la perspectiva de la idea que tiene el académico de sí mismo, así como de su imagen externa y del impacto –ni sorprendente ni lejano– que tiene la percepción de la sociedad y de los políticos sobre la Universidad. Esta última interrelación entre sociedad y política es crucial y está en el origen de nuestra idea de denunciar lo que está sucediendo y lo que ya ha acaecido.

La Universidad no es ya un interlocutor de peso que sea escuchado por parte de quien debe gestionar la vida de los ciudadanos, es decir, de la política. En realidad, la Universidad se ha vuelto silente. Se desea que esté en un mundo aparte, marginal y que en absoluto sea propositiva o proactiva. Todo ello se observa a varios niveles, tanto en el silencio inducido en cuestiones políticas y ya antes en la carrera de acceso a la docencia universitaria, como intentaremos explicar.

Se cuenta que el General Franco, dictador fascista que gobernó España durante casi cuarenta años, le dijo una vez a un periodista: “usted haga como yo y no se meta en política”.

Resulta aterrador ese comentario, sobre todo considerando que invitaba al periodista a la censura, al silencio. No debe sorprender que tantos profesores universitarios sientan lo mismo en estos momentos. No es infrecuente escuchar en nuestro entorno habitual el consejo de que mejor permanecer callado. Que te dediques solo a dar tus clases y que no te metas en cuestiones de calado político.

Y sin embargo, debería ser inevitable que un profesor universitario opinara de cuestiones políticas. No solamente en lo que se refiere al campo jurídico, sino también en materia económica, militar, social o ambiental, dependiendo del ámbito concernido. La universidad es el primer eslabón de la cadena de conocimiento, y no se puede consentir a sí misma el silencio o la ignorancia. No es que deba dirigir la sociedad –para eso está la política–, sino que siempre tiene que dejar oír su voz para aportar conocimiento, no solo a los dirigentes, sino a la sociedad, para que tenga elementos que le permitan entender su entorno y sus problemas.

Pero los poderes políticos parecen estar desde hace tiempo por otra cosa. Vamos a analizar en este breve escrito cómo de manera a veces deliberada, y otras simplemente imprudente o miserablemente estúpida, en los últimos años se han creado las condiciones para destruir la principal fuente de voces críticas con el poder político y económico. Incluso se ha intentado excluir a la universidad del debate político reclamando su supuesta imparcialidad frente a un buen número de tropelías del poder establecido, que lo son por mucho que sus protagonistas ostenten cargos públicos que poseen –los cargos– la máxima dignidad. Se está pretendiendo el silencio de los que más conocimiento tienen, lo que no es más que un contrasentido.

1. No hay que ocultar que uno de los principales problemas de la Universidad de todas las épocas ha estado centrado en los concursos de profesos-

rado. La lógica de esos concursos ha marcado la vida de gran parte de los profesores universitarios más o menos hasta la última década del siglo XX. De hecho, los concursos universitarios han sido probablemente el campo de batalla más conflictivo con el que nos hemos enfrentado y la mayor fuente de luchas absurdas y situaciones sin sentido, además de ser también un auténtico paraíso de la corrupción. Partiendo de un sistema que de alguna forma disfracaba algo que, de entrada, no es negativo en sí mismo, como la cooptación, la mayoría de profesores hicieron esfuerzos denodados, no para que entraran en el *alma mater* los docentes e investigadores más brillantes, sino para que sus discípulos tuvieran acomodo.

Y es que aunque sea un esencial deber de los maestros ayudar a sus discípulos a alcanzar su meta, siempre por medios legítimos y concordes con el ordenamiento jurídico, ese deber fue confundido con enorme frecuencia con la voluntad de los profesores de rodearse de sus afines, a fin de aumentar sus huestes y de esa forma incrementar su poder en la universidad. Cuantos más acólitos, más posibilidades de seguir colocando afines hasta llegar a situaciones casi monopolísticas, que por supuesto excluían a candidatos muy bien preparados en beneficio de simples adúladores del maestro sin mérito alguno. Le hicieron un daño irreparable a la cultura, porque dejaron fuera del sistema a excelentes científicos a cambio del cumplimiento de simples y puntuales intereses personales, cuando no de pura satisfacción de egos.

En este sentido, es perfectamente perceptible que hoy ha cambiado la carrera universitaria, aunque con un sustancial descenso de los estándares cualitativos. Si ayer había que superar concursos, hoy estamos ante un modelo que genéricamente se podría denominar de “habilitación”. Aparentemente para paliar los estragos que durante siglos provocó el antiguo sistema, en los últimos años en España e Italia se impulsaron sistemas de acreditación o habilitación. Ya no era necesario, como antaño, comparecer personalmente ante un tribunal a defender una trayectoria científica y un proyecto de investigación ya culminado en una obra científica publicada en forma de uno o dos libros. Bastaba y basta en el sistema italiano con mandar un curriculum en papel o a través de una plataforma informática que sería valorado por un grupo de profesores de la especialidad con independencia de la adscripción del candidato a una plaza. Otro modelo afín es el español, que supone ser evaluado por una comisión de profesores de materias más o menos afines, muchas veces tan poco afines como derecho y economía, de manera que, al final, es una aplicación informática la que valora el curriculum. En ambas situaciones, la valoración se realiza a través de supuestos indicios de calidad fundamentalmente cuantitativos, tales como 10 artículos, 2 libros, 10 ponencias en congresos internacionales o un determinado número de meses en una universidad extranjera sin tener que justificar el motivo. Por supuesto, difícilmente se puede acreditar la efectiva lectura de los trabajos científicos por parte de las comisiones.

Con el sistema italiano se reduce en parte el poder de la corrupción en la cooptación, al no aparecer la evaluación positiva vinculada a una plaza. Y

con el segundo sistema se abole casi por completo, aunque siempre puede haber alguna interferencia. Sin embargo, es desolador, en el segundo sistema, que la evaluación se haga prácticamente a peso. Y en el primero, aunque las posibilidades de una evaluación correcta aumentan, no se destierran los cálculos estratégicos para bloquear a determinados candidatos a fin de que no obtengan una plaza.

El resultado de todo ello ha sido la falta casi total de compromiso crítico del profesorado universitario para con la realidad que le rodea. Lo más cómodo es dejar pasar cualquier tropelía gubernamental y no comentar absolutamente nada con relevancia política para pasar desapercibido y no generar anticuerpos en ningún evaluador, de manera que simplemente le voten a uno, o a sus discípulos, positivamente. Una inmediata y ulterior consecuencia concierne a la estructura y a la misma calidad de los trabajos sometidos a esta clase de “evaluación”. De hecho en muchos trabajos de investigación se abordan esencialmente para la ocasión temas inverosímiles o francamente estúpidos, a fin simplemente de cubrir la exigencias curriculares sin comprometerse ni política ni científicamente, con el objeto de no poner en cuestión las ideas ya publicadas de otros profesores que pueden ser en esa ocasión evaluadores o estar relacionados con los mismos. Hacía tiempo que no se publicaban tantísimos trabajos inútiles científicamente hablando, y no es casual.

Este resultado de falta de enfoque crítico de los universitarios puede ser comodísimo para el poder político. Existe miedo, a veces irracional pero no siempre, a pronunciarse públicamente sobre temas de la competencia de ese profesor universitario de su especialidad. De ese modo, la sociedad ha perdido un actor importante en su evolución y el poder está eliminando limpiamente a un enemigo muy incómodo al ser un experto.

Recuperarse de lo anterior no va a ser fácil. Hay que abolir los sistemas de acreditación/habilitación sin volver al antiguo sistema, de manera que se logre que los candidatos que obtengan la plaza de profesor sean independientes, no deban favores a nadie y no tengan miedo de pronunciarse políticamente. Se puede estar de acuerdo o en desacuerdo con un profesor universitario, pero si ha sido correctamente evaluado es una voz autorizada, particularmente en las materias políticas que afectan a su ámbito de conocimiento, y que sirve de influyente mecanismo de control de las actuaciones del poder político.

2. Como decíamos, el panorama actual de publicaciones es en general lamentable. No es de extrañar que tantos juristas hayan perdido la costumbre de acudir a las librerías jurídicas, o tan siquiera de consultar bibliografía jurídica que les pueda ser útil en los casos en los que trabajan, porque rara vez les sirve para algo. Es sorprendente porque nunca antes se habían publicado tantos libros y artículos en la doctrina. Pero en poquísimas ocasiones aportan algo, porque como antes indiqué se trata de trabajos simplemente redactados para cumplir con las exigencias burocráticas a fin de progresar en la carrera académica.

Los temas son a veces tan imaginativos y marginales que rozan el ridículo. En realidad se trata de escoger un tema que no tenga carga ideológica ni científica, que goce de bibliografía o jurisprudencia suficiente que se pueda copiar con facilidad, completándose en breve plazo un escrito que no resolviera ni un problema práctico ni aporte absolutamente nada, de manera que sea más difícil criticar sus conclusiones, si es que las tiene, que suele no tenerlas. Así se llenan librerías y bibliotecas de materiales completamente inútiles.

Esos trabajos tendrían que ser evaluados, obviamente, de manera negativa. Pero sin embargo, o no son evaluados, como ocurre en el sistema español al ser una máquina quien realiza –en verdad no realiza– esa labor, o bien son valorados por sus características externas más fácilmente identificables, como sobre todo su extensión, colocación editorial o cita más o menos profusa de bibliografía, sin evaluar su uso real en el trabajo.

Es decir, los trabajos, también en el sistema italiano, se acaban evaluando nuevamente a peso. Se evita preponderantemente valorarlos críticamente en función de si aportan ideas o no, que es lo único que habría de ser importante, porque hay que recordar que no se escribe por el simple placer de publicar, sino porque se tiene algo interesante, útil y constructivo que decir, también desde un punto de vista social y político.

El problema planteado es muy grave especialmente en la perspectiva sistémica. En efecto, los profesores que accedieron a través de este modelo están demasiadas veces inhabilitados para evaluar en el futuro la calidad de un trabajo, al no haber tenido que hacer jamás un estudio de esas características. El problema no es nuevo, porque aquellos antiguos aduladores de catedráticos que accedían a su plaza a base de mucho empeño servil, tantos esfuerzos habían puesto en la humillación que en absoluto se habían ocupado de cultivarse científicamente, por lo que tampoco eran aptos para evaluar a nadie. No fue extraña la situación de que algunos candidatos en los concursos eran muchísimo más versados que los profesores evaluadores. Sin embargo, el carácter reducido de miembros de la Academia hacía que no fuera tan fácil colar a un inepto solemne entre sus filas, aunque solo fuera por vergüenza. Todo cambió cuando a partir de los ochenta del s. XX en España y a finales de los años noventa en Italia, aumentó muy considerablemente el número de plazas. Y el cambio se ha hecho definitivo con las acreditaciones/habilitaciones. Ya nadie evalúa en realidad. Basta poseer un *curriculum* burocráticamente vistoso.

Es por ello por lo que hay que darle una vuelta de tuerca al sistema, probablemente aprovechando los tremendos beneficios del sistema del doble ciego, que ya fue preconizado hace muchos años por un intelectual académico de valor inmensurable como Umberto Eco. Si los candidatos se centraran en escribir una sola obra de valor científico, la tradujeran, y la sometieran a valoración de diversos profesores anónimos españoles, italianos y extranjeros en general que tampoco supieran quién es el concursante, aumentarían extraordinariamente las opciones de tener a buenos científicos en las universidades.

Esta del doble ciego es una opción que al menos estadísticamente tiene muchos puntos a favor, y que además permitiría una mejor comunicación entre los profesionales de las diferentes universidades. Obviamente hay que cuidar que la autoría no sea falsa. Sin embargo, el fenómeno sería marginal; no es tan fácil encontrar a alguien dispuesto a hacer de Cyrano y prestar un trabajo original de gran calidad, ni siquiera a cambio de dinero.

3. Con todo lo anterior, la docencia se ha vulgarizado aún más de lo que ya estaba. Ya no es un conjunto de esas antiguas clases magistrales tantas veces aburridas y reiterativas, pero que, para quien quisiera aprovecharlo, dejaban un gran espacio a la libertad de expresión y de cátedra, es decir, al pensamiento crítico. Aunque hay profesores que denodamente intentan mantener ese espacio de razonamiento abstracto, ahora mismo las clases de tantos colegas consisten simplemente en una serie de ejercicios hueros con ayuda informática, muy vistosos en ocasiones, pero que nada en absoluto enseñan al alumnado.

Lo verdaderamente desgraciado del caso es que provocan muchas veces un inútil sobreesfuerzo de preparación en el profesorado, que trabajosamente elabora ejercicios y más ejercicios para realizar supuestas evaluaciones continuadas que también provocan una tarea interminable a los alumnos, pero que no redundan en un buen resultado de aprendizaje por así decirlo crítico y propiamente universitario. Aparentemente se plantean a los estudiantes ejercicios prácticos, debates, exámenes tipo test, exposiciones públicas en clase, elaboración de material práctico de la materia, simulaciones, visionado de vídeos, películas, etc., lo cual resulta a primera vista muy atractivo, pero –a pesar de toda esta escena algo *razzmatazz*– el resultado en cuanto a la adquisición del conocimiento es obvio que ha ido a menos.

Cabe preguntarse por qué. Es necesario cuestionarse por qué razones la variación de los métodos docentes, siendo más enfocados –a veces– hacia el conocimiento aplicado y a la propia búsqueda de fuentes por parte del alumnado, está fracasando en cuanto a la preparación de los profesionales del futuro. No porque los resultados sean siempre peores, puesto que ello, al margen de intuiciones siempre inseguras, es bastante complejo de evaluar y sobre todo de cuantificar. De hecho, si imprudentemente se tuviera que elevar a categoría las propias experiencias de los que aquí suscriben, podríamos considerar que los alumnos “brillantes” actuales no están ni mejor ni peor preparados que los de antes. El buen alumno parece que resiste el peor de los sistemas, logrando con el mismo sacar la cabeza.

Lo que sí que es cierto es que con estos sistemas de “innovación” –tantas veces aparente– docente, en ambos modelos de formación universitaria, –español, italiano y en realidad también europeo– continentales– están graduándose muchas más personas. Por experiencia personal se puede afirmar que de hecho, hace años ya que simplemente para elevar el número de matrículas y de resultados de éxito –también aparentes–, las autoridades académicas están recomendando que se rebaje el nivel de exigencia para superar las

asignaturas. Lo que provoca, sin duda de ninguna clase, que actualmente se gradúen personas que jamás hubieran podido soñar con obtener un título en el pasado. Y eso sí que provoca un daño social sistémico, porque introduce a malos profesionales en la sociedad que prestan servicios deficientes a los ciudadanos.

Desde la perspectiva de las Facultades de Derecho, lo anterior posee también una consecuencia de carácter social y político. Aunque no siempre se perciba con tanta claridad, muchos de los “recién llegados” con perspectivas de estabilidad, especialmente en la profesión de abogado, tienden a ser cada vez más hijos o familiares de otros abogados, *in absentia* de una efectiva selección durante la carrera universitaria. De ese modo, la universidad no cumple con una básica tarea de selección oficial de la clase dirigente, lo que supone una merma para la democracia, puesto que la selección acaba dependiendo de las relaciones familiares.

Sin embargo, observemos que, de ese modo, los profesionales con carrera universitaria, que en otro tiempo eran los que más autoridad o prestigio incluso ideológico podían tener, actualmente son despreciados en su mayoría, y no sin razón, sobre todo cuando se trata de un graduado en una de esas carreras que cursan muchísimas personas, como Derecho. Hay tantos abogados –o jueces o fiscales– que demasiados no honran su profesión con la calidad de su trabajo y con la seriedad en su prestación –algunos hasta pierden las formas en redes sociales–, de manera que ya nadie les escucha. De hecho, la ciudadanía ya hace tiempo que hace más caso de la opinión política de un entrenador de fútbol que de la de un abogado o un médico.

Es lamentable llegar a la conclusión de que una buena parte de ello se debe a los defectos citados en la docencia y a la extrema generosidad en las evaluaciones, que hace que gocen de títulos universitarios aquellos que no los merecen. Por añadidura, algunos de los profesores universitarios se dedican a la vez a la abogacía como trabajo que les proporciona el mayor número de ingresos, descuidan la labor de la evaluación y hasta la de preparación de la docencia. Y los que no tienen contacto alguno con la realidad práctica, difícilmente transmiten en el aula conocimiento aplicado y no simplemente teórico, evaluando cuestiones solamente dogmáticas, muchas ya anticuadas, que no tienen la más mínima relevancia en la realidad. Está pendiente una reforma que permita al profesor universitario tener contacto con la práctica sin hacer de ello su casi exclusiva labor.

Sea como fuere, todo ello ha quitado de en medio a una masa crítica importante frente al poder político. Hubo un tiempo en que era fluída la interlocución del Gobierno con rectores, decanos o presidentes de colegios profesionales. Actualmente en muchos casos esa interlocución es simplemente inexistente o dificultosa. Y así ha desaparecido otro actor incómodo. Sobre actuaciones aparte, en nuestra época ya no le interesan a nadie los pronunciamientos sobre cuestiones de relevancia social provenientes de Universidades o de colegios profesionales. Es necesario recordar que no siempre fue así.

Y que el control que ejercían sobre los Gobiernos era más influyente de lo que se cree. Los gabinetes ministeriales no podían ignorar a esos actores como ahora sin duda lo hacen.

4. Quizás en todo lo anterior tenga también importancia el apartamiento del profesorado de un iluminismo que tanto hizo progresar a la ciencia. En nuestra época, como ya ocurriera en el pasado, muchos solamente quieren repetir y repetir lo que siempre se ha dicho, cobrar su sueldo a fin de mes y esperar a la publicación de sus escritos ¿científicos? *ad maiorem gloriam* personal.

Pero no les preocupa en absoluto conocer la realidad para poder hacer auténtica ciencia, no basada simplemente en disquisiciones teóricas. Aunque últimamente ni siquiera eso se observa. A muchos profesores ni tan solo parece apetecerles ponerse a pensar, es decir, a reflexionar sobre cómo mejorar nuestras explicaciones de conceptos ya consolidados, o al menos identificar los problemas que provocan a fin de revisarlos por si hay algún aspecto de los mismos que quizás esté fallando, yendo más allá de las explicaciones tradicionales y evolucionándolas, más que nada para que en el futuro no se esté explicando lo mismo y de la misma forma que hace trescientos años. Por cierto, algo así ya ocurrió en el pasado medieval y, con respecto al Derecho, casi en la época moderna. Glosadores y comentaristas realizaron explicaciones que fueron reproducidas acríticamente, con escasas variaciones en la mayoría de temas, durante muchísimo tiempo, hasta bien entrado el siglo XVIII, momento en que la ciencia jurídica parece que por fin empezó a despertar. El respeto escolástico por el texto de autoridad hizo un daño tremendo a la ciencia jurídica, daño que por fortuna no se observó tanto en otras disciplinas. En el fondo, era otra manera, más brutal y menos sibilina, de eliminar voces críticas. Incluso en la época hubo métodos más expeditivos aún. Que se lo digan a Galileo.

Pero eso fue en el pasado. En el presente, es posible que la pérdida del enfoque científico sea consecuencia de todos los males ya expuestos, que ha producido profesores poco acostumbrados a ser científicos o que simplemente no pretenden serlo en absoluto. La mediocridad se ha infiltrado y de qué manera entre el colectivo de profesores, aunque siendo justos, como ya se dijo, es posible que siempre haya estado instalada ahí. En realidad, muy pocos profesores de cada especialidad se puede decir que hayan destacado realmente en períodos de unos cincuenta años. Cuando uno echa la vista atrás y se pone a pensar, por ejemplo, en los profesores brillantes del siglo XX en una especialidad, la lista pocas veces supera los diez nombres en un país de tamaño medio, y se empequeñece conforme va pasando el tiempo.

Queremos decir con ello que el sistema nunca ha favorecido que surjan grandes figuras, y si han aparecido ha sido a pesar del sistema. Sí que se detectan casos sorprendentes y que merecería la pena estudiar en sus causas, como el siglo XIX prusiano-alemán, en el que surgieron brillantísimos profesores de casi todas las especialidades en relativamente poco tiempo. Es

posible que tenga que ver con la reforma de los estudios universitarios de Federico el Grande en el XVIII, pero sin duda algo sucedió. No es habitual que exista tal acumulación de inventores, físicos, químicos, biólogos, juristas y filósofos en un espacio de tiempo tan sumamente breve. Otro tanto podría decirse de lo que ocurrió al otro lado del Atlántico con la creación ideológica y práctica de la *law school* estadounidense. Entre finales del XIX y principios del XX se creó una idea de profesor muy elevada intelectualmente, siendo emblemática la figura de Christopher Columbus Langdell en este sentido. Se concibió una docencia para alumnos excepcionales seleccionados con criterios de calidad, que serían formados para la sofisticada tarea de ser abogados y jueces. Como dijo Karl Llewelling en 1935, se partió de la filosofía de que estos profesores no podían ser hombres banales, sino que *“freak persons and freak policies are needed”*. Con ello se pretendía practicar una docencia estimulante destinada tanto a la transformación del Derecho como de la realidad político social.

Es una lástima que las cosas acabaran tan mal políticamente en Alemania en la primera mitad del siglo XX, y que con ello se extinguieran varias generaciones de científicos y hasta quizá una tendencia que hizo del alemán una auténtica lengua imprescindible en la cultura. Sin duda, un testimonio para el futuro de cómo política y ciencia interactúan inevitablemente, y de cómo las voces universitarias críticas con el poder establecido deben ser siempre escuchadas y respetadas. El exilio del profesorado alemán fue verdaderamente tremendo. Y aún más tremendo fue observar como muchos de esos críticos nunca volvieron, y permanecieron en cambio muchos de los que habían abrazado el totalitarismo. El daño fue irreparable.

II. TRAS EL COLAPSO

Nos guste o no a los que formamos parte de la comunidad universitaria, hay que aceptar que el desastre ya se ha producido. Ciertamente, la universidad sigue existiendo, pero su importancia actual en la sociedad ya no tiene nada que ver con la que un día tuvo. Nos hemos transformado en simples centros docentes que de vez en cuando organizan conferencias a las que difícilmente acude alguien que no sean los estudiantes de los profesores convocantes. Ya no hay auténtica curiosidad social por lo que tenemos que decir. Al contrario, cuando se discrepa de nuestra opinión se utiliza nuestro cargo para zaherirnos, diciéndonos poco menos que parece mentira que seamos profesores diciendo lo que hemos dicho. Hay hasta quien sugiere tomar medidas disciplinarias contra nosotros por usar nuestra libertad de expresión dentro de los límites constitucionales, que son y deben ser muy amplios. Es, en el fondo, otra forma de asustarnos. También se nos dice que trabajamos poco al tener pocas horas de clase, despreciando –e ignorando– el mucho tiempo que precisa la investigación. Con esos prejuicios, no se considera que tengamos autoridad científica y ni siquiera que debamos ser escuchados con una atención mínimamente respetuosa.

De ese modo, como vamos a ver, la vulgaridad alcanzada es total. Muchos colegas funcionan como simples profesores de instituto favoreciendo el infantilismo y la falta de espíritu crítico de los alumnos, y por ello no son percibidos como docentes de alto nivel cultural o propiamente universitario. Hubo un tiempo, hasta más o menos el principio de los años noventa del siglo XX, en que el alumnado se preocupaba por entender la política. Ahora, salvo excepciones, solo se movilizan de oídas y con muy poca consciencia social real. Las asambleas universitarias incomodaron un día al poder político. Ahora se observan las movilizaciones de los estudiantes con absoluta indiferencia, en consciencia de que están ideológicamente cojas y de que la mayoría de los discentes prefiere el bienestar que ya tiene con la pasividad, a todo lo que podría obtener con un activismo pacífico y bien entendido. Actualmente se sabe que una protesta estudiantil no dura para siempre. Y si lo hace, peor para los estudiantes.

En realidad, los estudiantes están tan adormilados como el profesorado. Quizás existe un efecto contagio en este sentido, compartiéndose un bajo nivel cultural generalizado. Al fin y al cabo, siempre ha habido profesores que resultaban inspiradores en las antiguas movilizaciones, o al menos en la voluntad de los estudiantes de obtener información, es decir, su curiosidad. Hoy en día se detecta un tedio generalizado, pese a que no faltan fuentes de información ni razones de mucho peso para que el profesorado, sin perder su neutralidad, consiga denunciar las tropelías políticas sin estar sesgado, que es justo lo que se espera de él. Pero casi nadie lo hace. Ni siquiera, y esto es curioso, la mayoría de los profesores que estarían políticamente sesgados. También sienten miedo.

1. Aunque los medios de comunicación siguen llamando a profesores universitarios a intervenir en sus programas, su opinión no acostumbra a ser valorada ni mejor ni peor que la de cualquier tertuliano habitual. Queda un cierto respeto en las generaciones más ancianas por lo que pueda decir un docente del *alma mater*, pero en las más jóvenes ese respeto no se detecta en general. Ni tan siquiera se tiene en cuenta qué cargo posee alguien para hablar de lo que habla, lo que tiene una parte positiva pero dice muy poco de la carrera docente universitaria, como si el público fuera en parte consciente de lo que explicamos líneas atrás en este sentido. Se escucha al profesor, pero salvo excepciones, lo que diga un docente universitario es solamente anecdótico.

¿Por qué? Porque la sociedad acostumbra a no tener ni idea de lo que hacemos. En general se piensa que solamente damos clases y ponemos exámenes. Nadie, repetimos, piensa en nuestra actividad investigadora, que por cierto es la que forzosamente ocupa más tiempo, porque es —o debiera ser— una de las principales fuentes de nuestra docencia. Y cuando hablamos de ella, especialmente los juristas pero no solamente, nos topamos con la sorpresa y la incompreensión. Quizás no es extraño teniendo en cuenta los frutos tan pobres que actualmente ofrece esa investigación, como ya se explicó anteriormente, pero no es por eso. Es simplemente que la sociedad ha pasado de considerar a un profesor universitario como una especie de ídolo en un

pedestal, a imaginarlo como un ser que trabaja poco y que lo poco que hace no es demasiado importante. Qué lástima que esa imagen, algunas veces, se corresponda demasiado con la realidad.

Pero no pocas veces es muy injusta. Aunque, como ya se dijo, mucha bibliografía es pésima como consecuencia de los concursos de profesorado, nunca se habían escrito páginas de la tremenda calidad que actualmente se publica, perdidas ciertamente entre toda la marea de publicaciones inútiles. Dificilmente se detectan las buenas obras entre semejante marasmo de publicaciones vacuas. Ante el abusivo número de la literatura existente, para que se conozca la propia obra no queda otro remedio que acudir a las redes sociales y viajar a muchos lugares para obtener un mínimo impacto, no social, sino al menos dentro de la especialidad de cada uno.

El impacto social es muy difícil. Realmente solo lo obtienen los profesores que intervienen en medios de comunicación y en redes sociales haciendo divulgación científica, que es –o debiera ser– una de nuestras obligaciones. El resto del profesorado, a efectos de la sociedad es como si no existiera, lo que resulta penoso porque hay un buen número de docentes e investigadores –ambas cosas es un profesor universitario– cuyas ideas podrían ser utilísimas en la vida cotidiana de tanta gente.

Hace no tanto la sociedad se acostumbró a automedicarse al conocer en parte la etiología de los enfermedades –siempre leves– que padecen. O bien se acostumbraron a ir al médico cuando empiezan a detectar sintomatología quizás no muy molesta pero sí poco corriente, que puede llamar la atención sobre una enfermedad grave. Lo mismo podría hacerse con tantas otras materias, como el Derecho, para tener un comportamiento que no acabe por generar mayores problemas, o hasta con la literatura, para aprender a leer con mayor conocimiento de causa una novela. Qué decir de la informática y otras tantas materias que se imbrincan en nuestra cotidianidad.

Por tanto, una de las claves presentes y futuras es la divulgación científica. Ya se ha perdido –por fortuna– el fatuo respeto reverencial por los profesores universitarios pero que, pese a sus inconvenientes, sí daba a nuestra ciencia impacto social. Tenemos que ser capaces de explicar lo más difícil de nuestra materia de manera comprensible para un lego, de forma que no solamente se enriquezca el acervo cultural básico de la sociedad, sino que además se genere curiosidad en tantas y tantas personas, algunas de las cuales, a lo postre, deseen convertirse en científicos.

2. Con todo, las condiciones actuales no ayudan a todo lo anterior. Hacer divulgación no es tan fácil y depende un poco de la suerte para dar con los canales de comunicación adecuados. Pero el problema principal es que para generar ciencia necesitamos financiación. Algunos más, porque precisan laboratorios entre otros medios, y otros menos porque solo nos hacen falta bibliotecas, accesos online y un lugar donde trabajar con un ordenador y tener algún espacio donde reunirnos con otros investigadores.

Pero ese dinero, poco o mucho, lo necesitamos. Hubo un tiempo en que la Universidad se financiaba con los presupuestos que se otorgaban a cada cátedra. De ese modo, el catedrático, antiguo director de cada materia, hacía y deshacía a su antojo con el dinero que le correspondía a su cátedra. No había controles. Se organizaban actividades tales como conferencias u otros actos que demasiadas veces tenían un interés meramente privado, y hasta se había llegado a malversar.

Con los años, las cátedras se transformaron en departamentos que agrupaban a diversos grupos de profesores y el dinero se fue haciendo más escaso. Pero en los últimos treinta años se fue imponiendo un sistema que ahora ya es casi exclusivo: el de los “proyectos de investigación”. Vaya por delante que ni son proyectos, ni son de investigación. Se trata de aportaciones que otorgan entidades públicas o privadas que sirven para financiar a los profesores agraciados después de haber rellenado una muy ingrata y habitualmente falsa e inútil burocracia que solo sirve para obtener el “proyecto” y, tras ello, olvidarse de la investigación. En realidad, al menos en materias –en principio– no experimentales como el Derecho, solo se busca sacar dinero para organizar congresos, financiar libros en el mejor de los casos, o viajes y material administrativo para los profesores del proyecto.

De ese modo, material básico que debería formar parte automática del presupuesto de cualquier departamento para poder realizar actividades de investigación o difusión, se convierte en un bien escaso que sólo consiguen los mejores burócratas, sean o no buenos investigadores.

Pero lo importante es que con ese método, que es una burda trampa, se da dinero solamente a algunos profesores bien situados en el sistema, esto es, con simpatías entre los evaluadores de los proyectos, que son profesores de la misma materia. De ese modo, los afines se evalúan entre sí para la concesión del dinero, que luego, por muchos aburridísimos controles administrativos que existan –que vaya que si existen–, al final financian actividades que son del interés exclusivo del docente agraciado, cayendo en un personalismo incompatible con la universalidad que es inherente a la ciencia.

Sin embargo, aunque pueda parecer que los profesores, de ese modo, son libres habiendo obtenido financiación, en realidad son esclavos de un sistema perverso que les tiene atezados a las siguientes convocatorias y, por demás, al silencio. Son inmediatamente excluidos del sistema los que se destacan en contra de determinados grupos de poder, o bien se salen del marco común de apoyo a ese poder establecido. Es sutil, porque jamás se da esa razón, pero es así. Nadie aguanta dentro del sistema de financiación siendo incómodo al poder político o económico que concede los proyectos. Y de ese modo, de forma solapada se procede al control ideológico y, por ende, a la desaparición de la pluralidad.

Otra forma de control es la elección de las temáticas. No es inocente, igual que no lo son las convocatorias. Se privilegian algunos objetos de investigación y se marginan otros de manera absolutamente consciente, aunque

a veces tal “consciencia” sea solo fruto de la politización o el fanatismo de algunos de los autores de las convocatorias, que condicionan temáticas o enfoques por puro capricho, o por una errónea atribución de importancia a algunas de sus manías u obsesiones.

Esta situación no debiera continuar, porque el científico tiene que poder investigar lo que quiera, y no lo que le apetezca a un político, o a un aprendiz de político situado en alguna estructura administrativa que concede proyectos. La Administración puede decidir priorizar algunas materias en general, pero no sesgar la investigación con finalidades políticas o, peor aún, con voluntad de represión de la disidencia.

3. Pero no acaban ahí los males. Las partidas de un presupuesto dedicadas a la universidad están rozando hace tiempo, no solo el ahogo económico, sino el simple ridículo. En la universidad no hubo nunca muchos profesores, pero en los últimos tiempos se han multiplicado los títulos y las universidades en que se imparten, pero ello no ha ido siempre acompañado de la dotación de plazas de profesorado. De esa manera, el poder político ha ido creando figuras contractuales absurdas, habitualmente mal pagadas, a fin de retrasar las carreras, precarizar los puestos y, a la postre, desincentivar la carrera docente. Hace unas décadas, por lo menos en España, todo aquel que hacía una tesis doctoral podía aspirar a quedarse en la universidad como funcionario público, incluso de la máxima categoría, en torno a los treinta años de edad. Hoy en día son muchas las personas en torno a los cincuenta que están esperando su primer contrato estable, después de años, décadas, de espera, de ir “haciendo *curriculum*” y de mucha angustia. Se apuesta todo a la carrera docente y cuando llegaría la hora de buscar otro trabajo, ya es tarde. La edad ya le ha alcanzado a uno frustrando todo tipo de proyectos, no ya laborales, sino también personales.

Si a ello se suman los factores ya considerados en los anteriores epígrafes, pensar en la libertad de cátedra es poco más que un sarcasmo. ¿Cómo producir ciencia en estas condiciones laborales lamentables? ¿Cómo concebir la valentía –ojalá fuera libertad– de expresión de un docente que no sabe dónde va a estar mañana? La mayoría se inhibe de expresar cualquier opinión que pueda comprometer su futuro, y casi todos tratan de ejercer algún trabajo alternativo por si acaso la Universidad finalmente le expulsa a uno.

Esa precariedad, por supuesto, influye en la calidad y compromiso ideológico y científico de las clases. Esos docentes pocas veces se atreven a exponer en sus lecciones poco más que el resumen de algunos manuales, por ese temor que siempre siente aquel que está en precario a dar información equivocada. Ese temor, de hecho, es bueno tenerlo cuando ya se posee una seguridad laboral, como mecanismo de perfeccionamiento de la propia ciencia y de evitación del endiosamiento. Pero en una persona joven, con toda la creatividad por descubrir, resulta muy inconveniente. Se pierde así la ciencia los mejores años de una persona, aquellos en los que ya gozándose de una madurez, no se posee la audacia para traducir esa madurez en ideas.

El poder político debe decidir qué universidad desea. Es posible que no quiera reactivarla por las razones antes vistas y porque, no nos engañemos, invertir en la partida de universidades no da votos en unas elecciones. Pero lo que no puede pretender es recaudar con las matrículas de títulos universitarios inverosímiles, quizás muy atractivos pero sin salida laboral, y después no dotar a las universidades de un profesorado estable y dignamente pagado para ocuparse de los estudios verdaderamente útiles. Se han podido crear muchas universidades para colocar a amigos de los políticos, o para que un partido tenga una universidad que hable por el mismo, pervirtiendo la libertad de cátedra, y hasta para conseguir votos en algunas zonas del país. Pero las intenciones han acabado en fracaso. Habría que cerrar muchas universidades, o al menos facultades por falta de alumnado o de presupuesto para sufragarlas, pero nadie se atreve, porque es políticamente poco rentable. Se prefiere seguir subfinanciando a todas las universidades que concentrar los recursos en unas pocas.

A este enfoque devaluador se suman los ingresos progresivamente menores del profesor universitario por diversas razones. Incluso los que se encuentran al nivel más alto de la carrera académica, tuvieron que soportar varias y abigarradas “sanciones económicas”, como en Italia –o en España– la falta ajuste salarial durante más que una década. Se podría catalogar esto último como una suerte de opresión del poder político que subraya así una substancial devaluación de la función académica que redunde en una evidente devaluación cultural. Por ejemplo, en Italia el sueldo de un catedrático de derecho equivale aproximadamente a un tercio de lo que cobra un juez de una edad equivalente. No por casualidad se ha producido una correspondiente devaluación del profesor a nivel social, atribuyendo al docente universitario la mera función de “dar clases”, con muy escasas posibilidades de perspectiva crítica, lo que provoca la ya antes citada falta actual de poder de influencia político-social del profesor universitario en varios países de Europa.

Con ello se dispersa, también, el espíritu crítico. No es lo mismo que un país posea veinte universidades bien dotadas y posicionadas a que posea casi un centenar entre públicas y privadas. Las voces críticas se difuminan, porque ya a nadie le interesa lo que diga un claustro o un rector, por más que se pretenda utilizarlos incluso con frecuencia. De hecho, siendo sinceros, algunos cargos directivos de la universidad se han transformado en figuras frustrantes e ingratas que nada consiguen mejorar por falta de medios.

En suma, la universidad, como centro de saber, deja de ser una referencia social. Los escándalos que se han visto en España sobre todo en varias universidades privadas y en alguna pública no son más que la consecuencia de haber creado toda una serie de centros docentes inútiles que no hacen sino dar mala fama al resto. La crítica no se refiere a las universidades nuevas, porque alguna muy reciente ha alcanzado posiciones de excelencia encomiables, y alguna histórica, en puridad, habría que cerrarla si no fuera por un sentimiento de nostalgia. Habría que configurar un nuevo mapa de un par de decenas de centros y dotarlos debidamente con plantillas estables y previsi-

bles. Es posible que el poder político se haya quitado de encima a un actor incómodo. Pero un país que no produce saber no goza de prestigio internacional probablemente de ningún tipo, dado que sin generar buenos profesionales, las instituciones acaban en manos de ineptos que acaban hundiendo los países.

4. El silencio, pese a que puede ser prudente, cuando afecta a científicos huele a sumisión y derrota. Bien se podría decir que la sociedad ha perdido la voz de la cultura científica. No se apagará del todo mientras permanezca la del arte, en ocasiones más rompedora, innovadora y disruptiva, pero que no tantas veces sienta bases fiables de futuro.

Sí está llamada a sentar esas bases la Universidad. Es posible que pocos sepan que la auténtica Baja Edad Media, su periodo menos oscuro, se inicia con la creación de la Universidad en Bolonia. Y que si se consiguió salir de ese período oscuro fue porque muchos profesores universitarios enseñaron a pensar a sus alumnos después de conseguir pensar por sí solos ellos mismos, alejándose de la superstición y acercándose a la experiencia empírica, es decir, a la ciencia. Casi todos los nombres célebres de esos años en materia científica, e incluso a veces artística, fueron universitarios. Y también mucho después. Los filósofos, médicos, físicos, químicos, matemáticos, biólogos y científicos en general que nos hicieron avanzar hasta llegar a hoy, fueron prácticamente todos universitarios.

Se ignora también que la Universidad funcionó casi enseguida como “ascensor social” y que consiguió sacar de la pobreza y la marginalidad a muchas personas, porque el conocimiento auténtico acostumbra a comportar empatía y prosperidad, así como la configuración de una mente ordenada que piensa en el hoy y en el mañana contemplando el pasado sin quedarse anclado en él. Esas mentes salieron de la Universidad, y no de ningún otro sitio. No es que la institución haya querido operar ningún monopolio del saber, dado que también ha habido quien ha ayudado a la sociedad a avanzar con sus invenciones o ideas en general abandonando el *alma mater* o sin tan siquiera pisarla. Pero esos casos excepcionales nunca han incomodado a la Universidad. Bien al contrario, sus profesores les hemos prestado atención y hemos intentado aprender de ellos. Sin embargo, al margen de esos pocos y felices casos, casi todo el saber científico ha salido de las aulas universitarias en los últimos siglos.

Y debiera seguir siendo así. Al fin y al cabo, no es tan fácil promover el saber sin estructuras docentes. De hecho, su desaparición conduce a un parón científico evidente. Y al ejercicio del poder sin control de la ciencia, lo que equivale a la ignorancia y, por ende, a la barbarie. Lo único que hay que hacer para ser un experto es leer y pensar. Pero esas no son actividades que el ser humano haga espontáneamente con frecuencia, sino que el acompañamiento de los profesores con una estructura docente favorece la adquisición eficiente de esos conocimientos.

Pero todo se hunde si falla esa estructura. Si la universidad no forma porque sus profesores son incompetentes, o no tienen capacidad de serlo por los problemas ya examinados. O bien regalan títulos universitarios, lo que aleja a esos titulados de las figuras de referencia en las sociedades. Por consiguiente, la Universidad sigue hablando, pero ya pocos escuchan lo que dice. De hecho, no es casual que la evolución de las grandes naciones y poderes mundiales haya solido ir ligada al desarrollo de sistemas universitarios poderosos y bien organizados. Sucedió, aunque todo el mundo lo haya olvidado, en la España del siglo de oro, y más o menos lo mismo aconteció en idéntica época en Inglaterra y en Francia, y más recientemente en la universidad alemana, así como en el siglo pasado en los grandes *campus* universitarios estadounidenses. Todas estas instituciones estaban basadas en serios criterios selectivos y altos objetivos intelectuales, lo que se expresaba con el carácter magistral de las voces de sus profesores. Esas voces ahora resultan sordas, y han sido substituidas por un silencio que conduce, quizás ha conducido ya, a la derrota.